

Poemas para una fosa común

Cote, Ramón

(Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek, 1985)

Eduardo Jaramillo

Publicado originalmente en España en 1984, este libro de Ramón Cote no resuelve —por fortuna— la paradoja que le sirve de alimento. Su emblema, el mismo título del libro, evoca un escepticismo con respecto a la propia tarea poética al tiempo que la formula con un cierto despecho. Son poemas dignos del olvido, pero de un olvido cuya materia es la rememoración de Blake, de Conrad, de Aurelio Arturo.

El libro consta de algo más de una veintena de poemas distribuidos en tres partes: "Comentarios y oscuridades", "A contraluz" y "Soledad en alto". En la primera parte y en la última predominan los poemas cuya referencia es una experiencia personal o la explotación que el poeta hace de su propia soledad. En la segunda parte, en cambio, la mayoría de los poemas recrean algunas experiencias de lectura; entre ellos se puede citar como ejemplo el que lleva por título "Manuscrito de Sebastián Caboto que data del año 1557 antes de morir atormentado por una amnesia".

Esta división, sin embargo, es aparente. Tanto los poemas de factura más personal como aquellos en que se rinde homenaje a un poeta o a un personaje de la historia, comparten una misma actitud: son la reelaboración de un momento hondamente sentido, no importa si ese momento fue vivido o leído:

*Esta tarde se está incendiando la biblioteca de
Alejandría,
el calor de los pairos sube
como un pájaro de ceniza.
Por tu memoria, triste desconocida,
pasan las palabras convertidas en brasas,
la historia de tus días humeantes
(las llamas devoran el Apeirón de Anaximandro)
el fuego ladra entre la luz
y te muerde la cara.*

El incendio de la biblioteca de Alejandría, sus incontables libros perdidos para siempre: tal es el mundo al que los *Poemas para una fosa común* extienden una solidaridad, una complicidad en el olvido. Las composiciones dedicadas a Carl Sandburg, a Eduardo Cote Lamus, a César Vallejo y a otros escritores, quieren precisar el perfil de esa complicidad, como si cada poema se preguntara por lo difícilmente comprensible: el libro, esto es, la vitalidad de una palabra que se sostiene en el hueco de una voz ausente. "En esa línea donde todo desaparece / te sitúas para seguir permaneciendo", dice en el poema dedicado a Blake.

Alvaro Mutis nos había familiarizado con este tipo de exploraciones. El espacio por donde avanza un poema es el espacio del olvido, las palabras asedian ese espacio, indagan su textura ("No se mide por agobio pero vibra / al fondo de toda soledad"); el poema va cercando al olvido en la evocación de otras palabras, de otras memorias, de otros poemas, y aun presente el tiempo en que vuelva a cubrirlo el olvido. Este doble proceso, esta convivencia de la evocación y el presentimiento, estructura los versos finales de "Carta rota", una de las composiciones más vigorosas de todo el libro:

*Pronunciaré tu lento beso, al viento
y las jarchas caerán como ramas secas al río.
Abre tu nombre, dulce Lisboa,
para soñar el día en que a mi sombra se la roben
tus palomas.*

Poesía joven en torno a la cual ya se forman grandes expectativas, el libro de *Poemas para una fosa común* hace parte de la Colección Literaria que publica la Fundación Simón y Lola Guberek. En esa misma colección han aparecido las obras de otros poetas jóvenes: Santiago Londoño (*Delirio del inmortal*), Rafael del Castillo (*Canción desnuda*) y Miguel Iriarte (*Doy mi palabra*), cuyas páginas querrá acompañar el lector en lo que empiezan, en lo que prometen.